



Comentario bibliográfico

José Emilio Burucúa, *Civilización: Historia de un concepto* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2024).

Hernán Apaza

*Instituto de Ciencias – Universidad Nacional de General Sarmiento /
Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales –
Universidad Nacional de La Plata*

hernan.apaza@gmail.com

Fecha de recepción: 07/03/2025

Fecha de aprobación: 10/03/2025

*¿Se podía cambiar el mundo, tan solo con hallar las
palabras adecuadas?
¿O incluso solo se podía cambiar el mundo si se encontraban
las palabras adecuadas?¹*

En los ámbitos académico y cultural, quienes invocan la figura de José Emilio Burucúa, lo hacen con profunda admiración y reverencia. Con una sólida y muy significativa producción a lo largo de más de cuarenta años, el reconocimiento es un acto de justicia a su labor docente y de investigación. Tal juicio se ve enfáticamente renovado a

1 Jenny Erpenbeck. *El fin de los días* (Buenos Aires: Edhasa, 2016), p. 164.

partir de la edición de una nueva obra. Como es característico de su espíritu inquieto y audaz, el gran historiador argentino encaró una tarea impropia para la lógica dominante en la academia contemporánea, coronando su esfuerzo con la publicación de una verdadera *magnum opus*.

La primera sistematización de sus investigaciones sobre el concepto fue presentada en un curso dictado en junio de 2019 en la Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín, al que siguió otro curso de extensión de la misma alta casa de estudios, dictado en forma virtual durante el aciago 2020 (sus valiosísimas clases están disponibles en YouTube). Luego, aceptó la propuesta editorial de volcar sus indagaciones en un libro, cuya escritura finalizó en octubre de 2023 y publicó en agosto de 2024. A lo largo de setecientas cincuenta y dos páginas —un prólogo, treinta y siete capítulos, un epílogo y un apéndice iconográfico—, se aboca a historizar un concepto que no gozaba en nuestros días de mayor atención, *con* el que se trabaja, pero *sobre* el que no se indaga. Estaba allí frente a quienes quisieran verlo: en los discursos públicos, en las refriegas políticas y, por supuesto, empleado en artículos y libros académicos. Carente en apariencia de mayor trascendencia, considerándose evidentes sus usos y sentidos —con excepciones que el propio autor recupera en el último capítulo de la obra—, en una nueva manifestación de su espíritu ilustrado, Burucúa lo puso bajo su mirada para problematizarlo, invitándonos a suspender todo juicio que de él tenemos, con un interés que trasciende la erudición.

Dos registros diferentes dan cuenta de la conjunción de sus preocupaciones, que en él nunca son estrictamente historiográficas: el prólogo y el epílogo, intimistas, reflexivos y sensibles a un presente que se manifiesta ominoso; los treinta y siete capítulos que componen el cuerpo principal del texto, eruditos, enciclopédicos, con brillantes vetas explicativas y de luminosa condensación interpretativa.

Al momento de presentar su obra, en el texto que oficia de “Prólogo para un lector del siglo XXI” nuestro autor declara un compromiso con dos principios. Respecto del estilo, la voluntad de seguir la estela del recientemente fallecido Roberto Calasso, en homenaje a su mitológica sapiencia que supo desplegar en cautivante prosa. Ello excede el apego por las formas: la pulsión estética de Burucúa es coherente con su ética ecuménica. La exquisita escritura busca despertar nuestro

goce en el acto cognoscitivo de lo ajeno, de la Otredad, de diversos horizontes culturales a lo largo de la historia, de abrirnos a la posibilidad de encontrar aquí y allá prácticas y saberes consustanciales a una existencia en común. Su talento se reconoce en la composición armónica con la línea argumental y narrativa, sólo posible, en el entendimiento de nuestro historiador, a través de una operación de resignificación de la palabra estudiada, conforme un segundo principio. Se trata de quitarle su originario sesgo eurocéntrico e iluminista hasta convertirla en un concepto capaz de aprehender las más diversas creaciones culturales de la humanidad, pasadas y presentes. Sin ninguna exageración, puede decirse que la obra cumple cabalmente con ello, al vernos conducidos a través de sus páginas, en un dulce estado de embelesamiento, por las que desfilan figuras y obras históricas, milenarias y contemporáneas, de renombre o no muy referenciadas, de prácticamente todas las regiones del orbe.

En términos teórico-metodológicos, el trabajo evidencia el ascendiente de Reinhart Koselleck y su *Begriffsgeschichte* mas no se encuentra en todo el volumen referencia al historiador germano; omisión que llama la atención y que ha sido ya reconocida por el propio Burucúa en diversas presentaciones públicas del libro, quien se comprometió a saldar este *descuido* en una futura reedición. Otro influjo sobre la forma en la que el historiador argentino conjuga la masa documental es la de Dipesh Chakrabarty y la perspectiva poscolonial: anticuerpo contra cualquier sesgo eurocéntrico, su sombra se intuye en toda su obra, no sólo por la cantidad de páginas dedicada a cada formación cultural estudiada, sino por la manera en la que realiza el trabajo de exégesis de las manifestaciones que valora más significativas de cada una de ellas a lo largo de la historia, antes y después de los contactos con la avasallante cultura europea. Para tamaña empresa, sus fuentes son también diversas y amplísimas: obras literarias y textos canónicos de cada formación cultural, prensa e intervenciones parlamentarias e iconografía, a las que se suma la producción contemporánea de las humanidades y ciencias sociales que, con mayor o menor centralidad, se ocupan del concepto. Adelantamos aquí que nos resulta imposible detallar escrupulosamente los materiales y la forma en la que el autor trabaja con ellos sin caer en un resultado análogo al de aquellos rigurosos cartógrafos borgeanos. De allí que sólo presentemos mínimas referencias del contenido de sus capítulos y destaquemos sólo algunas de las aportaciones que más valoramos.

¿A qué llama “civilización”? Para perfilar los caracteres elementales del concepto, Burucúa se reconoce deudor de diversos autores, entre los que despunta Norbert Elias y su iluminador libro de 1939². También, se convence de la pertinencia de lo aportado por el antropólogo Jack Goody en un texto de reciente aparición³. Finalmente, del diálogo que provoca entre un texto del senegalés Souleymane Bachir Diagne⁴, y otro de la francesa Barbara Cassin⁵, toma el último de los elementos que singularizan el término. De este modo, los elementos definitorios de la categoría histórica “civilización” serían: 1) la curialización de los guerreros; 2) el cultivo de las flores y la creación de una gastronomía compleja y distintiva; 3) la existencia de la poesía lírica; 4) la práctica extendida de las traducciones; y 5) la presencia de un sistema de administración de la misericordia (p. 25). Elias aporta el que considera nodal, “porque nada de todo cuanto sigue podría ser realizado sin la experiencia de la paz y el conjuro de la guerra” (p. 32).

En su programa original, al análisis pormenorizado de cada uno de estos caracteres estaría dedicada la segunda parte de la obra; en esta edición adelantó un rápido boceto explicativo en el mismo prólogo (pp. 26-36). Ello se debe a que, a poco de emprender su labor y enfrentarse con una ingente masa documental, Burucúa optó por incluir en el libro sólo la primera parte de su meditado trabajo: “una exploración, lo más exhaustiva posible, de la historia de la palabra y el concepto de civilización, desde su protohistoria nebulosa” (p. 37) hasta nuestros días. El viaje propuesto tiene como punto de partida la región del “Mediterráneo antiguo y la Europa occidental hasta el período de las Luces” (p. 37), toda vez que fue en este marco cultural donde el término fue definiendo su perfil semántico a lo largo de varios siglos, hasta imponerse sobre otros que se presentaban alternativos.

Los primeros capítulos están destinados a la protohistoria del concepto, su trabajosa forja durante la Antigüedad Clásica y el Medioevo Europeo hasta su acuñación e imposición durante el siglo XVIII en el seno del movimiento de la Ilustración (caps. I al VII). En estos primeros capítulos se aprecian los beneficios de un terreno ya desbrozado y cultivado por otros, a quienes Burucúa

2 Norbert Elias, *El proceso de civilización* (México, Madrid y Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1993).

3 Jack Goody, *Rinascimenti. Uno o molti?* (Roma: Donzelli, 2010).

4 Souleymane Bachir Diagne, *De langue à langue. L'hospitalité de la traduction* (Paris: Albin Michel, 2022).

5 Barbara Cassin, *Éloge de la traduction. Compliquer l'universel* (Paris: Fayard, 2016).

rinde tributo: Émile Benveniste, Jean Starobinski y Brett Bowden. Asumiendo como punto inicial la definición adoptada durante la Ilustración tardía europea y el romanticismo del siglo XIX —“un conglomerado de culturas emparentadas durante un largo período de tiempo y en un área dilatada de la ecúmene que, por lo general, se vinculan con la vida de las ciudades” (p. 44)—, las investigaciones precedentes acuerdan en encontrar en el marco de la república romana su contexto de emergencia.

A partir de aquí, el historiador, cual cazador tras su presa, rastrea su significado, conjeturado tras el vocablo *civitas* usado en *De Officiis* por Marco Tulio Cicerón —asociado a los vínculos de convivencia, el grado de realizaciones prácticas y de realización material y las excelencias de la ética y del pensamiento (p. 45)— y recuperado por los pensadores más importantes desde la Antigüedad tardía hasta los albores de la Modernidad. Un puente que nos conduce desde esa protohistoria y la aparición de toda una familia de palabras (“civil”, “civilidad”, “civilizar”), recogidos con posterioridad en diccionarios franceses de entre fines del XVII y principios del XVIII. A ellos todavía se vinculaban otros términos semántica y fonéticamente derivados del griego *polis* (*polir*, *polis*, *policé*, *politesse*), que referían a “los hábitos, costumbres, gestos y conductas pacíficas, sujetas a normas de convivencia, refinadas, producto de una educación superior” (p. 58). Voces utilizadas en forma alternativa por Montaigne, Goguet, Hobbes, Voltaire, Raynal y Diderot, van levantando un cerco, nunca del todo hermético, que define un campo semántico... hasta la primera aparición del término “civilización” en un libro de Victor de Riquetti, conde de Mirabeau, en 1757. El hallazgo de la formulación de las notas esenciales de un proceso civilizatorio en el debate de ideas y prácticas de la Ilustración y la Europa expansiva del siglo XIX (que se extiende hasta el cap. XIV) no es sino el inicio del viaje que Burucúa nos anima a emprender.

Porque incluso antes de abandonar territorio europeo, las estaciones visitadas son varias: Gran Bretaña, entre los siglos XVII a XIX (caps. VIII y IX); la Italia del Renacimiento al *Risorgimento* y el descubrimiento del término *civiltà*, utilizada por Dante Alighieri ya en el siglo XIV, a partir del que compone una deslumbrante y entrañable sección (cap. X), tributo a las deudas intelectuales y afectivas del autor con esas tierras; también España capta su atención (cap. XIV) y encuentra, no sin asombro, que nuestro término era ya utilizado durante la segunda mitad del siglo XVIII, incluso antes de la obra inaugural de Mirabeau. Especial atención le merece también Alemania, donde

la distinción entre cultura y civilización son constitutivas del desenvolvimiento del campo del saber germano ya desde la Ilustración (cap. XI); análisis que se extiende específicamente a las obras de Jacob Burckhardt y Friedrich Nietzsche (cap. XIII).

Cuando la civilización europea entró en violento contacto y se impuso sobre otras, en particular, durante el siglo XIX, la obra se preocupa por reconocer las diferentes formas en que estas belicosas vinculaciones se desplegaron, impactando en la producción intelectual en diferentes latitudes, no sin antes atender a procesos específicos derivados de las relaciones coloniales establecidas con América, Asia y África. En los cuestionamientos sobre la propia cultura frente al espejo europeo y las tensiones suscitadas por la imposición de una lógica teleológica y evolucionista, el binomio civilización/barbarie fue el locus privilegiado para el desahogo de estas preocupaciones. En particular, se detiene a trabajar este par conceptual a la luz de casos específicos: las postrimerías de las revoluciones en Hispanoamérica y los procesos de independencia de las colonias de América del Sur, primero (con un detallado análisis de la obra de Domingo Faustino Sarmiento, caps. XV y XVI); luego, los casos de América del Norte (cap. XVII) y la colonización europea de África (cap. XVIII).

Con respecto a lo acontecido en América, el autor se interesa por la forma en la que los grupos dominantes lidiaron con dos cuestiones: la relación con el patrimonio cultural metropolitano y el destino proyectado para las poblaciones originarias y esclavizadas en cada flamante nación. Primó una perspectiva eurocéntrica que ofició de fundamento ideológico para el exterminio de la población nativa. Del mismo modo operó el concepto en el caso del colonialismo europeo en África, cuando también se lo instrumentalizó para justificar las masacres del pueblo congoleño (caso sobre el que el autor se extiende) y de los herero y nama, a manos de Alemania en el África sudoccidental, entre fines del siglo XIX y principios del XX. A través del relevamiento de intervenciones de legisladores y gobernantes, de la prensa y de algunos cronistas, presenta los fundamentos y la planificación del horror, así como también la presencia de voces disidentes que en la misma Europa denunciaban estos crímenes.

Habiendo realizado una suerte de parábola, en la que se reconoce al concepto como síntesis de los más altos valores y principios de la convivencia humana, pero también su aprovechamiento

como coartada para la perpetración de crímenes terroríficos, el análisis incorpora necesariamente —para ser coherente con la operación crítica de provincializar Europa— los debates suscitados en Asia y África respecto del propio concepto pero teniendo muy presente que, antes de ello, existían en algunos de estos ambientes culturales términos para designar aquello que el concepto euroatlántico pretendía abarcar. El relato se desplaza así decidido hacia otras latitudes en las que, en forma progresiva, el autor nos invita a una experiencia inmersiva en realidades culturales del todo ajenas pero que resultan, una vez que rompemos con el sesgo etnocéntrico, fundamentales para aproximarnos a nuestro concepto desde esas otras existencias, fundadas en criterios éticos y estéticos inicialmente ininteligibles.

La obra se propone la búsqueda e identificación de términos análogos al de civilización con el que pueblos de marcos culturales diversos a lo largo del tiempo nombraban a un gran objeto ideal. Además, busca analizar qué ocurrió cuando el término fue conocido por diferentes culturas de Asia y África, que habían edificado ellas mismas grandes sistemas culturales. Así, Rusia es visitada en un doble registro: a través de las miradas extranjeras y de las locales, entre las que predominó la reticencia —cuando no la confrontación abierta— con el horizonte civilizatorio propuesto por Occidente (caps. XIX y XX). Ello contrasta con el caso de Japón: desde la era Meiji lo abrazaron en forma de adaptación creativa (cap. XXI). La atención está puesta en la obra de Fukusawa Yuki-chi, cuyos escritos son usados como puente para abordar la cultura china (cap. XXII), habida cuenta del lugar que le dedicó a ella en sus reflexiones. Lo cierto es que rápidamente se pueden identificar algunos términos propios de la historia cultural de China como homólogos al de civilización cuya existencia se puede constatar en textos del siglo III a.C. El capítulo va analizando los diferentes conceptos (*huaxia*, *Zhong-guo* y *wenming*), centrándose en las derivas de estos vocablos hasta los primeros años del siglo XX.

Dos verdaderas joyas cierran este conjunto de capítulos: el dedicado a la India (cap. XXIII), presenta las modalidades más generales de la dominación colonial británica, las interpretaciones de estudiosos europeos respecto de un pasado *civilizado* del subcontinente (reconocido con recelo) y los usos del concepto por parte de referentes políticos intelectuales de fines del siglo XIX y de las primeras décadas del XX (Tilak, Tagore y Gandhi, cada uno con sus particularidades) en el marco de las luchas por la revalorización de la cultura india y de su independencia, apelando a

términos propios presentes en obras literarias y filosóficas de su milenaria tradición, teniendo como primera referencia al vocablo *sabhyatā*, de origen sánscrito y cuyos usos se remontan al *Mahabharata*, el mayor poema épico de la tradición indostánica.

Por otro lado, el capítulo dedicado al mundo árabe (cap. XIV) se propone recuperar las nociones propias de esta cultura, para luego ver de qué formas confrontaron con las que procuró imponer la europea. Partiendo de la obra del gran historiador tunecino del siglo XIV, Ibn Jaldún, y de sus conceptos *asabiyyah* (sociedad humana), *badawa* (vida rural), que evolucionaban hacia formas de urbanización, *al umran*, hasta alcanzar el estadio más alto de la vida ciudadana, *hadara*. Ello da cuenta de la existencia de términos análogos al de civilización (en sus inicios asociado a *hadara*, aunque los estudios posteriores demostraron que originariamente también incluía a *badawa*). El capítulo rastrea la circulación de la obra del tunecino hasta su definitiva consagración en el mundo occidental a fines del XIX y principios del XX. Asimismo, muestra las reacciones al proceso de expansión imperialista sobre los territorios árabes: despertó ilusiones primero y rechazo después, lo que generó el movimiento *Nahda*, que buscó dotar a los pueblos árabes de instrumentos ideológicos y culturales propios, a la vez que mantenían una distancia crítica respecto de los logros políticos y científicos europeos. En este contexto, distintas figuras intelectuales pusieron a circular términos que permitían ponerle un nombre y comprender la cultura europea, como también considerar lo que caracterizaba a la propia. En todo caso, nociones homólogas a la de civilización fueron puestas en circulación por diferentes figuras, entre las que destacan Refa'a al-Tahtawi, Ahmad Faris al-Shidyaq, Boutros al-Boustani, Kahyr al-Din y Francisal-Marrash. Recuperando las nociones y la filosofía de la historia de Jaldún primero y luego abrevando en otros conceptos (como el de *tammaddun*), a su tiempo cada uno de estos intelectuales buscó construir un marco interpretativo para cada una de las civilizaciones enfrentadas (europea y árabe) y proyectar un horizonte deseable para su pueblo, en el que las tradiciones (*'ada*), la religión y los cambios alternaban posiciones. Al *Nahda*, Burucúa le reconoce la producción de una “teoría universal de la civilización” (p. 374).

La firmeza de la fe en las bondades de la propia civilización europea entró en franca contradicción con el despliegue de las dos grandes conflagraciones mundiales, que desplegaron una violencia inusitada, incluso contra población civil, en territorio europeo. La *Shoah*, manifestación de las masacres planificadas que Europa ya había ensayado contra otros pueblos,

fue un duro revés para la autoproclamada moralidad de la civilización europea, que llevó a Elias a considerar que se estaba frente a un proceso de *des-civilización* (noción sugerente, que nos tienta a usarla para comprender algunos de los rasgos del proceso que hoy transitamos). Tomando éste y otros aportes —entre los que destaca Alfred Weber, por haber logrado un concepto “más claro y mejor fundado de civilización” (p. 490), y las obras de Simone Weil, María Zambrano y la pintora Raquel Forner—, Burucúa repasa las consideraciones de la barbarie civilizatoria, entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial (caps. XXV, XXVI, XXVII y XXXI). Junto a los capítulos que lo preceden (del XXVIII al XXX, a los que se suman el XXXIV y XXXV), se puede definir a este conjunto como una contribución a los usos disciplinares del término, desde el momento de su institucionalización durante la segunda mitad del siglo XIX en Europa, hasta los albores del siglo XXI. Para ello, concentra su análisis en la producción de autores europeos de referencia ineludible en el devenir de nuestras disciplinas (Toynbee, Mumford, Durkheim, Lévi-Strauss, Braudel y Ricœur), pudiendo seguirse el derrotero del concepto, en un arco que va desde el reconocimiento de su valor gnoseológico hasta su descrédito *tout court*, mediando también en esto los procesos de crítica profunda, política e intelectual, llevados adelante en América Latina (cap. XXXII) y en África y Asia, en el contexto de descolonización (cap. XXXIII).

Entre tantas valiosísimas reflexiones contenidas en los capítulos precedentes, tan sólo mencionamos aquellas provocadas por la relectura de Mumford y, en particular, de Lévi-Strauss, a propósito de la relación naturaleza-humanidad, en la que el humanismo ecuménico y antiespecista no resulta una contradicción, toda vez que, siguiendo al francés, “los derechos humanos no deberían fundarse más en la calidad de ser moral con que el humano suele describirse, sino en su calidad de ser vivo, de tal manera que sus derechos se detendrían ‘en el momento preciso en el cual su existencia pone en riesgo la existencia de otra especie’”⁶ (p. 485). Se pregunta nuestro autor si, a partir de las ideas musicales de Lévi-Strauss, sería:

“posible el abandono sincero y radical de su desmesura [de la civilización occidental], la apertura de nuestros ojos y nuestras mentes a aquellas totalidades que mencionamos, la de las culturas de la historia, la de las especies vivas que nos acompañan en el viaje de una Tierra común” (p. 485).

6 Claude Lévy-Strauss, *Le regard éloigné* (París: Plon, 1983).

El libro se cierra con un análisis de la instrumentalización político-militar del término a manos de Huntington (cap. XXXV) y su rehabilitación, como proyecto político-intelectual, en el marco de una novedosa propuesta de historia global (cap. XXXVI), recuperando tradiciones críticas de la mano de autores ya citados como Chakrabarty y Diagne, a los que se suman Sanjay Subrahmanyam, Felipe Fernández Armesto, y Shmuel Noah Eisenstadt. Las obras de los autores precedentes usan la noción que nos ocupa para neutralizar cualquier sesgo etnocéntrico (fundamentalmente el eurocéntrico), e introducir perspectivas ambientales en relación al problema civilizatorio actual y, por otro lado, buscan reorganizar sus contenidos conceptuales a fin de explicar y comprender los conflictos del presente (pp. 631-649).

Como expresamos, no iba a ser posible desarrollar *in extenso* todos los argumentos contenidos en esta obra, tan sólo aspiramos a compartir el entusiasmo por su aparición a través de una sucinta mención de algunos de sus contenidos. Se trata de una joya de notable erudición, elaborada con fuentes de toda la ecúmene, por un maestro orfebre de talante humanista mas no antropocéntrico. Es además un canto a la amical colaboración intelectual: en cada uno de los capítulos se destaca a quienes brindaron apoyo, referencias, facilitaron fuentes y traducciones en los casos en las que fueron necesarias; en nuestro contexto nacional, merece ser además destacada la sistemática apoyatura en la producción local, gesto de reconocimiento del valor del trabajo intelectual argentino, ante los ataques sistemáticos que padece hoy nuestro sistema científico y cultural.

Se trata de la intervención de un intelectual comprometido con su país, con su tiempo, con el mundo. El *timing* para su aparición no puede ser mejor, toda vez que el término es trajinado impudicamente en el discurso público por quienes mayor responsabilidad política e incluso más poder económico detentan (no sólo a nivel nacional sino global). A través de cada una de sus páginas, nuestro autor logra transmitir su *libido sciendi* y su compromiso intelectual y moral con la igualdad y la libertad, interpelándonos a intervenir con urgencia, con los pertrechos teóricos e históricos que pone a nuestra disposición.

Si los conceptos fueran estrellas, la disputa por sus sentidos se vuelve trascendental: habilita la posibilidad de figurar nuevas constelaciones, conectando términos tan caros a las más dignas

tradiciones ideológicas comprometidas con la igualdad y la libertad. Entonces, así como antaño permitían a los navegantes orientarse y arribar al puerto deseado, puede que hoy —en tiempos tan sombríos— estos conceptos/estrellas se conviertan en punto de referencia y guía. El mismo Burucúa muestra el camino cuando, sin estridencias, pero con altura intelectual y una sensibilidad superlativa, pone en entredicho ya en el Prólogo el uso que desde la más alta magistratura argentina se hace del concepto *libertad*, reponiendo su sentido asociado a un horizonte político emancipador. El desafío de nuestro tiempo será, tal vez, observar meticulosamente el firmamento político-intelectual para crear esas nuevas constelaciones en las que estrellas como *civilización*, *libertad* e *igualdad* se conviertan en el corazón de una nueva galaxia vital, no sólo para la humanidad sino también para todos los seres vivos de este planeta. Con este libro, José Emilio nos ha tendido la mano invitándonos a acompañarlo a encarar el reto.